





El pasado lunes la junta de la Asociación Madrileña de Clubs de Foot-ball eligió nueva Directiva en la siguiente forma:

Presidente: D. Ceferino Rodríguez Aycilla  
Vicepresidente: D. Angel Garrido.  
Secretario honorario: D. Juan Villaseñor.  
Secretario: D. Arturo Meléndez.

Tesorero: D. Pedro de Val, Mencia y Neyra.  
Y vocales: Los Sres. Vals, Mencia y Neyra.  
Al dejar el Sr. Padrós de tener a su cargo la presidencia de la Asociación, es justo que públicamente se haga constar sus grandes afecciones y sus trabajos en pro del *foot-ball*, que tanto le debe. El Sr. Padrós, cuyo entusiasmo por los ejercicios físicos es bien notorio, se le guirá prestando su apoyo valiosísimo a la nueva directiva, reelegida en casi su totalidad. Del nuevo presidente nada puedo decir, más que su amistad y compensación comi-

En París siguen celebrándose grandes reuniones en el Velódromo de Iuvierno, de cuya reciente inauguración tienen noticia mis lectores.

La famosa lucha de atletas conocida con el nombre del Cinturón de Oro, toca a su fin. En la clasificación última están comprendidos los siguientes luchadores:

1. Paul Pons, francés.
2. Patarsens, danés.

3. Raoul de Boucher, francés.  
4. Laurent le Beaucairois, francés.  
5. Antonitch, austriaco.  
6. Anglio.  
7. Dumont, francés.  
8. Romanoff, ruso.

Entre los ocho citados se ha de disputar la victoria definitiva, para la que cuenta con grandes probabilidades Anglio, el formidable negrazo de la Martinica.

F. BOWDEN

---

## LAS REFORMAS DE MADRID

Excmo. Sr. Conde de Mejorada.

Mi querido amigo: Veo hoy en los periódicos, con mucha complacencia, que ha sido usted nombrado vocal de la comisión del Municipio que ha de intervenir en la distribución y empleo de los dos famosos millones de pesetas con que las Cortes han dispuesto que ayude la nación en remedio á la penuria de nuestro Ayuntamiento y en pretensión de auxilio de las clases trabajadoras madrileñas. Recordando muchas conversaciones que con usted he tenido en Madrid y en los viajes, me permito felicitarle por el cargo que

es que juntos los dos, al menos, ganan el recordarle por escrito alguna de las cosas por mí defendidas y por usted con simpatía escuchadas, por sí su poca importancia cuando fueron dichas y por lo que se les permite recordar ahora, que vendrá a ser una gran satisfacción para ambos.

Es indudable que Madrid necesita de una reforma de *fond en cmbis* que afecte a su ornato, a su comodidad y a su higiene, que es uno de los dos primeros conceptos que merecen siempre beneficiada, y es una reforma que no puede ser hecha sino por su sujeción a la ley y a la moral, y al impulso vigoroso por el camino del saneamiento, mediante obras costosas de las que no salen a la superficie y de las que compaña

dente que para la ejecución de estas obras necesitan brazos, que al ser utilizados, mejoran la situación del proletariado y de las clases trabajadoras en general; lo que está tan claro es que, para la realización de estas bonas acciones armónicas, se necesita del auxilio del Cortes de los pueblitos que tienen en mayor medida el deber de un socorro transitorio para ayudar al primer impulso. Dado éste con esa cantidad que están ustedes llamados a administrar, es necesario que las gentes y el Ayuntamiento piensen que con los debitados dos millones no tienen para empezar, como vulgarmente se dice, ni en el sentido de la mejora de la

El remedio de la una y de la otra cosa (el remedio durable, no el paliativo de relumbrón), está en manos del Ayuntamiento, en el primer término, y en las de todos, después.

Tres obras de mediana importancia que el Ayuntamiento de Madrid se empuendan por los particulares, superan la famosa cifra que los Cortes han concedido, y en prueba de que no hablo de memoria, diré por el dato exactísimo del presupuesto de su arquitecto, que la construcción del Banco Hispano-Americano de la Cuatro Calles, más la de una casa que construye actualmente el Sr. Zaldo, importan tan

millones, que no han necesitado de ser regu-  
tados por catalanes ni manchegos, y cuyo  
gasto redunda en ventaja de la belleza de  
población y en provecho de las clases traba-  
jadoras. ¿Costaría mucho hacer que estas  
obras particulares se multiplicasen hasta  
1,000 por 100? No lo creo y a esto es a lo que  
deben aspirar ustedes, los buenos concejales  
de esta ciudad, a fin de que han de conseguir  
sin el quebradizo y la pobreza de administra-  
ción las cantidades empleadas en el peligro de  
que aunque lo hagan ustedes como ángeles  
han de ser censurados duramente.

¿Cómo podría esto conseguirse? Pues de  
modo muy sencillo, que suela ser solución a

la mayoría de los problemas: haciéndose cargo de la naturaleza misma de las cosas cumpliendo cada cual con su deber. Y que en esta aparente sencillez está la dificultad verdadera; pero si nunca se empieza a resolverla, no es fácil llegar al fin propuesto.

Si propietarios, Ayuntamiento y obreros hiciesen cargo de la verdadera situación de las cosas, ni los unos se retraerían en fomentar la construcción, ni el otro favorecería el tratamiento con una apatía consumable, ni los últimos dificultarían el trabajo.

Los primeros que deben persuadirse de que no cumplen con su deber son los propietarios. La forma de propiedad más naturalmente condicionable en su uso y aprovechamiento es la ribañana. El indudable aprovechamiento de la tierra en forma de ribañana, es el que más se adapta a las necesidades de la agricultura y a las condiciones de la zona. La forma de propiedad más naturalmente condicionable en su uso y aprovechamiento es la ribañana. El indudable aprovechamiento de la tierra en forma de ribañana, es el que más se adapta a las necesidades de la agricultura y a las condiciones de la zona.

clásico y radical así lo ha reconocido, y usted sabe que el que lo escribe estos renglones se jacta de ser uno de los escasos, pero conocidos adeptos de la única escuela identificada como economista; pero aun no aceptando como limitación legítima de la propia libertad moral que el respeto a la libertad ajena y precisamente por ello, los que así piensamos tenemos que admitir, con mayor razón que los demás que el uso de la propiedad, modo de libertad como cualquiera otro, recibe condiciones y grado diverso, según la forma que el objeto de la posesión afecta.

El propietario rústico, puede sin dudar

tercero, cultivar a su placer su predio ó parcela de barbecho; su interés mejor ó peor entendido y su conciencia son las únicas normas de conducta dentro del derecho común, pero aquel cuya finca radica en el centro una ciudad populosa, ó siquiera dentro una villa medianamente urbanizada, no puede hacerse esta misma cuenta. El recibe la colectividad servicios que están reñidos

Ello no es un derecho, sino una obligación. El propietario de un terreno tiene el deber de edificarlo, de aprovecharlo, de ponerlo a producir. Si no lo hace, está incumpliendo con su deber social. El Estado tiene el derecho de exigir que el propietario edifique, para garantizar el uso eficiente del suelo y el desarrollo urbano. Este deber de edificar es inherente a la propiedad, y no puede ser eludido por el propietario. El Estado puede imponer condiciones y plazos para la edificación, pero no puede eximir al propietario de su obligación de construir. La ley que establece el deber de edificar es una ley de orden público, y no puede ser modificada o derogada por el propietario. El deber de edificar es una carga que pesa sobre el propietario, pero también es una garantía para la comunidad. Sin la edificación, el terreno se convierte en un espacio muerto, que no contribuye al desarrollo urbano ni al bienestar social. Por lo tanto, el deber de edificar es una obligación que debe ser cumplida por el propietario, y el Estado tiene el derecho de exigir su cumplimiento.

...amiento, que paga esos servicios d  
atendidos caprichosamente por los propie

\_\_\_\_\_



rios que tal hacen, está en la obligación de forzar a los tales, o a que cedan, o a que contribuyan al sostenimiento de las cargas comunes, como si tuviesen edificados sus torrones.

Hiciera esto en Madrid y no se daría el caso de que derribos de hace cincuenta años continúan en la situación de campo sin cultivo, aferrando la ciudad, deprecando el valor de las fincas colindantes, disminuyendo los ingresos municipales y enardecando el valor de los inquilinatos. Y usted sabe, si esto es cierto y si hay casos que pudieran citarse, en que propietarios que deberían dar ejemplo de algún civismo, sostienen cubiertos de yerbajos extensos terrenos enclavados en los más valiosos de la villa, esperando la subida de los precios o un buen negocio con el Estado, y no solamente no contribuyen debidamente, sino que perciben sumas de explotación, supletorio de aprovechamiento urbano, por las vías que atraviesan sus terrenos, ¿es esto justo? ¿Cumple con su deber el Municipio que lo tolera y aun lo alienta?

El dueño de una casa enclavada en una vía rectificada por un ensanche, tiene un dudoso derecho al negarse a entrar en el dentro del tiempo prudencial. Su conducta, estrechando la calle que debiera ser pública, y a los otros de ruidos y huecos desarmónicos y ruinosos, perjudica al propietario colindante y al vecino de la calle cuyo ornato estorba y cuya propiedad deprecia al dificultar su mejora.

Fase, querido conde, la calle del Arsenal, y dígame si no encuentra cumplidos sus deseos en la aserción, ¿y qué hace el Ayuntamiento para impedir o corregir esto?

Ya sé yo que no puede enviar sus cuadrillas y derribar las fincas, ni obligar a los dueños a que construyan; pero al menos debería impedir a los unos que aprovecharan su situación en su mejoramiento, y a los otros que pagaran los servicios de sus solares como si estuviesen construidos. No debía contribuir a sostener al propietario, en su actitud de resistencia, autorizándole a que convirtiera una cochera en un rico establecimiento industrial que perjudica la seguridad y de la belleza de la vía pública, y, sin embargo, lo hace.

¿Cómo han de derribar o de construir esos propietarios, si se favorece por todos los modos su egoísmo y su avaricia?

Calla existe en Madrid en la que, por el nuevo ensanche, queda una sola finca sin entrar en él y formando una milida de más de ocho metros respecto a las nuevas casas, con lo que anula la regularidad de las demás; pues bien, en la finca a que me refiero se ha consentido que se abran ventanas y puertas en las medianerías desoladas, con lo que el inmueble meliora en vez de perder con su irregular situación.

Estas son las cosas en que propietarios y Municipio deben fijarse, y evitándose, el movimiento de edificación prospera con ventaja para todos en proporción bastante más estimable que esos dos millones de que tanto esperan las gentes y que, a mucho me equivoco, a 30 céntimos servirán.

¿Pero es sólo de propietarios y concejo la culpa de lo que pasa, y está sólo en sus manos el remedio? No; también cabe culpa, y puede esperarse mejor, por parte de los obreros.

Asesuran gentes peritas, y yo procuro no hablar de memoria, que la construcción ha enardecido en Madrid en más de un 20 por 100 desde hace algunos años. Esto significa que el negocio de las casas ha empeorado en esa proporción, y por tanto, que el capital empleado en ellas tiene que dar una parte de utilidad menos del que tenía para emplearse en ellas.

La disminución de las horas de trabajo, como sistema, y el encarecimiento de los jornales, no cabe duda que han de haber contribuido a este resultado, y más que contribuir ya, amenazan hacerlo en el futuro. Y hoy en el proyecto de una edificación hay que descontar la huelga probable, como antes se descontaba la lluvia o la nieve para su detención. Los que todo lo esperan del Estado, los intervencionistas, como es moda decir, los entorpecedores de las leyes de producción y distribución de la riqueza, los polígrafos intoxicadores de los cerebros a medio tumbado, suponen que estas cosas pueden remediarlas directamente los Gobiernos, y alientan y estimulan al trabajador a perseverar y acentuar una conducta que les lleva a la privación del trabajo. ¿La lógica de los socialistas siempre se ha señalado por sus novedades?

Yo escucho siempre con respeto y simpatía al obrero obrero, hasta cuando creo que se equivoca, porque encuentro disculpable y lógico el error desde su punto de vista, y atendiendo como yo lo sé, al sueldo, y hoy en el proyecto de una edificación hay que descontar la huelga probable, como antes se descontaba la lluvia o la nieve para su detención. Los que todo lo esperan del Estado, los intervencionistas, como es moda decir, los entorpecedores de las leyes de producción y distribución de la riqueza, los polígrafos intoxicadores de los cerebros a medio tumbado, suponen que estas cosas pueden remediarlas directamente los Gobiernos, y alientan y estimulan al trabajador a perseverar y acentuar una conducta que les lleva a la privación del trabajo. ¿La lógica de los socialistas siempre se ha señalado por sus novedades?

Los resultados comienzan a tocarse; Madrid los palpa.

Las obras disminuyen; se construye lo puramente indispensable; el pueblo obrero carece de trabajo; pidamos el remedio al Estado, le dicen sus agitados, y el Estado concede dos millones de pesetas, la décima parte de lo que Madrid emplearía en edificaciones si viviera dentro de un régimen de libertad, de respeto al derecho y de cumplimiento del deber de cada uno. ¿Y de qué servirán esos regatados millones? De lo que ya emplea a vislumbrarse de que su resonancia en toda España alcanza a la capital a los brazos de todas las provincias y veamos complicado el problema de la subsistencia del pobre cuando le queramos remediar.

Si continuara dando suelta a la pluma no acabaría en mucho tiempo, pues sabe usted lo que estas cuestiones me apasionan a mí que no soy propietario, ni capitalista, sino filósofo verdadero, liberal convencido y maduro de nacimiento, que ve con pena la irremediable del estado de decadencia y atraso de su villa natal, cuando tan fácil sería el remedio con un poco de buena voluntad por parte de todos.

Contribuya a él, querido conde, usted que tan modesto y amante de los pobres es, y vele siquiera porque ese ridiculo emplasto de los dos millones se dedique a lo que se desea, pues todavía podría suceder que no se dedicara a lo que se desea mal.

Suyo afectuoso, C. MARÍA CORTEZO

Madrid 3 de Enero de 1904.

EN PALACIO

## CONSEJO DE MINISTROS

Escasamente una hora ha durado el Consejo de hoy, como fueves, han tenido con su majestad los ministros.

El jefe del Gobierno ha resumido en su discurso los asuntos políticos más salientes de la semana, apuntó y glosó los acuerdos de mayor importancia adoptados anteayer en la reunión de los consejeros en la Presidencia, fijándose primeramente en el pensamiento financiero en que todos sus compañeros del Gabinete han de inspirar la obra de los presupuestos para 1905.

Expuso detalladamente el Sr. Maura las reformas que en el puerto, así como en el personal y población de Melilla, se propone acometer el Gobierno, poniendo en práctica, allí como en Ceuta, una nueva política que, favoreciendo la colonización española en nuestras posesiones de la costa de África, garantiza más y mejor los intereses patrios y abre nuevos y amplios horizontes a nuestro comercio con Marruecos.

No ocultó a S. M. el presidente la transacción de la huelga de obreros del mar en Barcelona, cuya gravedad aumentó de día en día, no tanto por lo que concierne al orden público, como por los perjuicios de orden económico, en que no ha de quedar la mejor librada la marina mercante.

Como a política exterior, se ha remitido al Sr. Maura la información de la prensa, toda voz que oficialmente no hay novedad que gane, ni siquiera en el conflicto ruso-japonés.

Asimismo ocupó del *modus vivendi* acordado entre Italia y Austria-Hungría, llamando la atención sobre las conveniencias de los tratados de comercio y de las grandes dificultades que se oponen y hay que vencer para concertarlos, aun con los Estados más amigos.

### Firma

Terminado el Consejo, firmó el rey los siguientes decretos.

**De Gracia y Justicia.**—Grandes el conde de Sagasta, y conde de los correspondientes título a don Esperanza Sagasta, hija del que fué jefe del partido liberal.

**De Gobernación.**—Autorizando el arriendo de nuevo edificio destinado a casa de Correos en Barcelona.

**De Marina.**—Nombrando jefe del primer batallón del tercer regimiento de Infantería de Marina, al teniente coronel D. Francisco Palacios.

—Idem comandante del Carlos V, al capitán amigo D. Arturo Llopis.

—Concediendo la cruz de primera clase del Mérito Naval pensionada, al médico primero D. Vicente de las Barreras.

—Promoviendo al empleo de general de brigada de Artillería de la Armada, a D. Julián Sánchez Campos.

—Nombrando inspector general del Cuerpo y servicios de Artillería, a D. Maximiano García de los Fayos.

—Idem presidente de la Junta facultativa de Artillería del departamento de Cádiz, al general de brigada D. Julián Sánchez Campos.

—Disponiendo que en la presidencia de la Junta facultativa de Artillería, el general de brigada D. Maximiano García de los Fayos.

—Ascendiendo al empleo inmediato al teniente coronel de Artillería de la Armada D. Daniel González.

—Idem al comandante D. José María Ristort.

—Idem al capitán D. Manuel Pando, y al segundo teniente de Infantería de Marina D. Juan Arias Arrote.

## LA INSURRECCIÓN DE MACEDONIA

Boris Saraf en París. Declaraciones curiosas.

La llegada a París del célebre revolucionario búlgaro, una de las insurrecciones macedónicas, ha dado motivo para que un gran número de reporteros hayan celebrado con él interesantes entrevistas, descritas después, más o menos pintorescamente, hasta el punto de que Saraf resulta unas veces héroe legendario, y otras, por el contrario, un intrigante con algo de suerte.

Maurice Khan, de *Le Temps*, le dedica un artículo de tres columnas de primera plana, dándole a conocer bajo un aspecto distinto al que le han presentado las demás periódicas, pues lo hace aparecer como un habilísimo diplomático, de quien tendrían bastante que aprender muchos de los hombres que pasan por embaixadores de las Cancillerías.

Después de hacer referencia al Boris Saraf tal y como se le expone retratado en los escaparates de los fotógrafos de Sofia, es decir, como una resurrección del *Pra-Diablo* calabrés, puesto que el jefe macedónico, lo mismo que el bandido italiano, se representa con pantalón corto, polainas de cuero sujetas con correas, capa corta y ancho sombrero con pluma flotante, teniendo al lado el fusil apoyado en un peñasco, y después de afirmar que hay algo de cierto en lo que expresan esos retratos, pues la actitud demuestra perfectamente el ardor del intrépido revolucionario, su juventud y su audacia, añade que, bajo aquella apariencia del *condottieri* moderno, se oculta otro Saraf hasta hoy desconocido, y que en el nuevo *Pra-Diablo* se encierra el más listo y el más hábil de los diplomáticos del día.

Saraf tiene treinta años, nació en Liblakovo, cerca de Nevrokop (vilayet de Salónica) en Macedonia. Hizo sus primeros estudios en Salónica y los terminó en Sofia, yendo después algún tiempo a la Academia militar de San Estefano.

Hacia el año 1880, su padre desempeñaba el cargo de inspector de las escuelas búlgaras en la Macedonia Oriental, y a su lado vivía Boris. Por aquella época empezaron los turcos a organizar batidas contra diferentes pueblos de Macedonia. Saraf padre aconsejó a los hijos que, imitando a los turcos, se organizaran ellos en bandas y resistieran sus ataques. Este consejo lo valió ser juzgado por un tribunal militar y condenado a diez y seis años de prisión en una fortaleza del Asia Menor. Boris siguió la suerte de su padre y fué también deportado, sólo que, mientras el padre se había limitado a dar consejos, el hijo organizó una revolución en el país y creó un comité en Bulgaria para recoger fondos y propagar por Europa sus ideas libertadoras.

Boris Saraf confiaba en que algunas potencias lo ayudarían en su empresa de emancipación; pero decepcionado, después de una peregrinación infructuosa, tuvo que convencerse de que no serían las naciones más interesadas en la cuestión de los Balcanes las que le ayudarían a coronar sus nobles esfuerzos de desamarrar a los turcos de la tiranía turca creando una Macedonia libre.

De la *intervención* celebrada por Khan con Saraf, deduce aquí que la diplomacia de este se manifiesta en la conversación por el estado especial, que pone en hacer resaltar la organización interior de las insurrecciones, con respecto al Gobierno de Bulgaria, y viceversa.

Negó Saraf rotundamente que el general Tzoucheff haya traído a Europa misión de ninguna clase, puesto que no es delegado de la organización interior, y según dijo, tiene el propósito de pedir cuentas de su conducta, cuando la ocasión se presente.

Acompaña a Saraf en su viaje un joven de veintiséis años, que durante la última campaña fué quien dirigió la insurrección en el vilayet de Andrianópolis.

Se acompañan a Saraf, Guerjifkoff, y lo mismo que su compañero Boris Saraf, es un hombre de educación esmerada, levantados sentimientos y de una entereza a toda prueba. Es un compuesto extraño de crueldad y de idealismo.

Interrogado por el redactor de *Le Temps*, respecto con la mayor naturalidad del mundo:

—Nosotros matamos los espías sin distinción de ninguna especie. Sean turcos, griegos o búlgaros, no vemos en ellos más que traidores. Tampoco el sexo los libra de la muerte. En la última campaña hemos matado muchas mujeres por habernos denunciado a los turcos.

Cierto es que refiriéndose a esta última parte, Guerjifkoff añadió:

—Eas muertas las hacemos más que nada por moralidad. Muchas mujeres búlgaras sostienen relaciones adúlteras con turcos, y mientras el marido se ausenta durante algunos meses del año para trabajar fuera del país, ellas se dejan seducir por las promesas o por el dinero de los turcos. Regresaba el marido, que se halla en convivencia con «organizaciones interiores», y el turco sabía por la mujer los secretos de nuestro partido.

Ocupándose después del movimiento de independencia, prosiguió diciendo:

«La revolución no consiste solamente en tirar tiros. Nosotros, que por decirlo así, constituimos la inteligencia del partido, debemos enseñar a los campesinos que la causa de su miseria es una causa económica, y que ésta desaparece bajo una acción inteligente. Al propio tiempo debemos hacerles comprender que pueden obrar por sí mismos sin necesidad de que esperen su salvación de una nación vecina. Nuestra propaganda se reduce a una educación: enseñamos a los campesinos lo que respecto a los trabajos agrícolas sabemos nosotros y ellos ignoran. Les inspiramos un respeto tal, que en la mayoría de los pueblos y las aldeas todas sus diferencias las dirimen ante nosotros. Nuestra permanencia entre los campesinos de Macedonia dará por resultado hacer de ellos verdaderos ciudadanos.»

Mientras hablaba su amigo, Saraf aprobaba en silencio lo que éste decía; pero se notaba que le corre prisa volver al terreno de la política general.

Las combinaciones diplomáticas le seducen, el lenguaje de las Cancillerías le es familiar, y causa verdadero asombro ver cómo él comprende al deber que deben cumplir las potencias y cómo maneja a su antojo el mapa de Europa.

Refiriéndose que el solo medio de pacificar a Macedonia sería dividirla en secciones, y aislando cada sector por un destacamento de tropas europeas que pertenecieran a una de las naciones firmantes del tratado de Berlín.

Creo también que después de hecho esto haría preciso un adelanto de dinero para que pudiesen salir de Macedonia, y que llegado a la próxima recolección, y que llegando a un arreglo las potencias indicadas, no sería cuestión más que de un par de millones para cada una de ellas.

Prosiguió diciendo que la organización que se debía adoptar para Macedonia sería un sistema de federación descentralista, alrededor de la cual se agruparía en seguida la gran confederación balcánica, Servia, Rumania, Grecia y el Montenegro, formando un vasto Estado de 12 ó 13 millones de hombres, que en un caso dado pudieran poner sobre las armas 1.200.000 ó 1.500.000 soldados.

Claro es que esta federación no había de agradar mucho ni a Rusia ni al imperio austro-húngaro; pero la federación balcánica sería una potencia en el Mediterráneo, puesto que con ella se uniría el puerto de Salónica, que ninguna de las potencias mediterráneas se disputaba. Además, constituida la federación se no modificaría el *status quo* del Mediterráneo, sino que, por el contrario, defendería el avance de Austria y la invasión del coloso ruso.

Y al hablar de este modo—añadió—tengo la convicción de que sirvo a los intereses de la paz europea. Por esto únicamente creo que he de vencer las dificultades que puedan presentarse.

Mientras estos deseos se realizan, la insurrección empezará de nuevo en la primavera, si es que de aquí a entonces no ha caminado el sistema de Macedonia. Además, esta vez la revolución macedónica irá acompañada de una sublevación de los armenios en el Asia Menor, para que de este modo quede inmovilizada una gran parte del ejército turco.

Gracias por terminar su *interview* con el redactor de *Le Temps*, Saraf se retiró a su habitación. La primera estaba encantada de entrar en campaña para poner fin a las dificultades de su nueva dinastía, y Bulgaria ha hecho tantos aprestos militares que no podrá sustraerse a los deseos de la paz europea, pretextando no estar preparada para una guerra.

«Todas estas circunstancias nos ofrecen una hermosa perspectiva para la época en que empiecen a fundirse las nieves que coronan ahora nuestras montañas!»

Con estas palabras terminó la entrevista con el jefe de la insurrección macedónica. Según confesión propia, cuando trasladó a las cuartillas las impresiones de su cerebro, nuestro compañero de *Le Temps* no podía apartar de su mente la figura altiva y arrogante de Saraf, con su traje pintoresco, nuevo *Pra-Diablo*, cuyo retrato se exhibe en los escaparates de Sofia.

## LA CUESTION NOZALEDA

El Gobierno y los mitines

Con motivo de los mitines de protesta que se celebraron en Madrid por el nombramiento del padre Nozale, escribe *La Epoca* de anoche lo siguiente:

Según nuestras noticias, el criterio del ministro de la Gobernación en los mitines que los republicanos anuncian para el domingo próximo, es que se cumpla la ley de reuniones y que se cumpla también el Código penal, ambos estrictamente.

Así, pues, los delegados de la autoridad suspendieron el acto en el mismo momento en que por cualquier de los oradores se incurra en los delitos penados por el Código.

El mismo criterio observarán, seguramente, las autoridades gubernativas de provincia, al celebrarse allí reuniones o actos análogos a los que en Madrid se preparan, prohibiendo, además, toda manifestación en la vía pública.

El nuncio y Sánchez de Toca

Cuenta nuestro colega *El Liberal*—y está en lo cierto, porque a nosotros han llegado idénticos informes—que días antes de firmarse el decreto, el ministro de Gracia y Justicia había confidencialmente con el nuncio, manifestándole el propósito del Gobierno de nombrar arzobispo de Valencia al disidente forso de Manila.

Monseñor Rinaldini dijo al Sr. Sánchez de Toca que no encontraba mal el nombramiento.

En su consecuencia, el ministro de Gracia y Justicia hizo la oferta al padre Nozale, quien contestó que no podía aceptar sin consultar antes con el nuncio.

Hecha la consulta por el padre Nozale, éste manifestó su aceptación al Sr. Sánchez de Toca.

Terminados estos trámites, el ministro llevó a la firma el decreto nombrando al nuevo arzobispo de Valencia.

A las ocho de la mañana del día siguiente recibió el Sr. Sánchez de Toca una carta del nuncio, en la que le manifestaba la sorpresa y el disgusto que le había producido enterarse por la prensa de la noche anterior de la noticia del nombramiento.

Exponía la desairada situación que se le había creado con el Vaticano, puesto que no habiéndose comunicado tal nombramiento, el nuncio había podido filiarlo a la palabra irregularidad y sustituida por la frase mala inteligencia.

Termina diciendo que no se publicase el decreto en la *Gaceta* hasta que él tuviera tiempo de ponerlo en conocimiento de Roma.

A esta carta contestó el ministro de Gracia y Justicia con una de tonos duros, en la que decía «nada de irregularidad», y recordaba al nuncio la conversación confidencial que con él tuvo.

BOLETÍN METEOROLÓGICO

6 de Enero

Llegaron los reyes, los tan acreditados reyes, y nos dejaron como recuerdo un espléndido día de sol.

En las horas del centro del día parece que vivimos en primavera.

Mirad se echó a la calle y el Retiro se anima extraordinariamente.

¡Bien por los reyes!

Las temperaturas han sido: mínima, 2,5 gra-

dos bajo cero; mínima, junto al suelo, 3 grados y 2 décimas bajo cero; máxima, a la sombra, 11 y 8 décimas; idem al sol, 17 y 6 décimas.

La madrugada resultó muy fría; la tarde, con 17 grados al sol; es bella, espléndida, primaveral.

Sopla todo el día brisa del N. al NE, es apacible, débil. Pero al llegar la noche, apacible y todo, la brisa acredita procedencia «serena». Es esa brisa del Guadarrama, «que mata a un hombre y no apaga un candil».

Se siente frío. El contraste con el sol del día es fuerte, sensible. ¡Los reyes no habían previsto este efecto lamentable!

El barómetro ha subido rápidamente, brutalemente. No es subida tan ruidosa como la del padre Nozale, pero por lo brusca y por lo inesperada, se le parece.

La presión en Madrid ha ganado cerca de siete milímetros en pocas horas. ¡Es mucho subir! Promete buen tiempo. ¡Abrigarse, lectores!

## DE PALACIO

La recepción de ayer

A las dos de la tarde se verificó en el regío Alcázar, con el ceremonial de rúbrica, la recepción militar propia de la festividad del día, la cual ha sido brillante.

Los amplios salones de Palacio vieron llenos de amigos íntimos del director de dicho periódico, nuestro querido compañero en la Prensa D. José Luis Casanova.

Los reuñidos fueron obsequiados con una espléndida comida, que fué saboreada con placer mientras se hablaba en la mayor confraternidad de cosas ajenas a la política, festejando el aniversario de la *Gaceta* de Ferrocarriles y Navegación.

En la sesión que anteayer celebró la Comisión provincial designó a los señores diputados siguientes como visitantes de los establecimientos de Beneficencia:

Hospital Provincial, D. Simón Sánchez y D. Leopoldo Arribas; Hospicio, D. Pedro Vicente Buendía; San Juan de Dios, D. José Cortina Inclán; D. Alfonso Díaz Agayo; Asilo de las Mercedes, D. Rafael Mesa de la Peña; Plaza de Toros, D. Antonio Vargas Machuca; y Personal y Carreteras, D. Felipe Montoya.

El popular tipógrafo de esta corte Regino Velasco, ha tenido la atención, que agradecemos, de enviarnos un precioso almanaque de pared y unos cuantos ejemplares del bonito calendario-album de bolsillo que todos los años publica y que cada vez es más solicitado.

El citadísimo es una preciosidad que en 200 páginas encierra composiciones poéticas y algunos trabajos en prosa, firmados por los más renombrados literatos.

En cuanto a su presentación tipográfica, hasta decir que está hecha en los acreditados talleres del citado Regino.

Agradecemos a éste su atento envío.

El teniente de alcalde del distrito de Palacio, D. Gustavo Ruiz, ha dispuesto la suspensión de la apertura, anunciada para anteayer, de la carnicería modelo que el Sr. Niembro ha establecido en la Puerta del Sol.

Dicha suspensión obedece a que la Alcaldía presidida por el Sr. Niembro, por no haber cumplido otros requisitos que se precisan para la mencionada apertura.

En el colegio laico que tiene establecido la Asociación de obreros de los ferrocarriles del Mediodía La Locomotora Invenible, se verificó el día 10 de este mes, a las dos de la tarde, el reparto de premios a los alumnos que los obtuvieron en los ejercicios.

La Asociación invita para este acto a los padres de los alumnos y a todos los socios.

LA CARNICERÍA DE NIEMBRO

A pesar de lo que ayer se dijo referente a que el teniente de alcalde D. Gustavo Ruiz había ordenado suspender la apertura de la nueva carnicería que el popular Perico Niembro ha establecido en la Puerta del Sol, se abrió el establecimiento a la hora que se había anunciado.

D. Clemente Gutiérrez, padre político de Niembro, hace mucho tiempo pensaba en establecer para sus nietos una carnicería modelo, y ayudado por el inteligente espíritu industrial de su yerno lo lo consiguió.

No creemos que sea mejor ningún establecimiento de los buenos que haya en París ni en otras capitales.

El suelo y muros son de mármol blanco, así como los mostradores y la fuente que hay en el rincón, que da a la esquina de la calle de la Montera.

El techo es un magnífico cuadro, debido al pincel del joven artista D. Emilio Porset, que representa a la Banca montada sobre un toro, repartiendo sus dones entre el Comercio y la Industria.

En los elegantisimos escaparates se exhiben los más exquisitos productos de la cacería moderna, cuyo despacho está a cargo del célebre *charentier* de París, M. Cardinal.

La cueva, que ocupa alguna mayor extensión que la tienda, tiene el piso de portland y las paredes estucadas a fuego.

En ella se instalaron las grandes frigoríficas para conservar las carnes en todo tiempo a determinadas temperaturas.

Es un establecimiento que honra a Madrid, y justo es tributar un aplauso a quien así mira por el engrandecimiento de esta capital.

Anoche visitaron la tienda nueva infinidad de importantes personalidades, y media Madrid perteneciente a todas las clases de la sociedad.

Los dueños de la casa obsequiaron espléndidamente a los visitantes, y éstos se despidieron deseando muchas prosperidades en su negocio a los hijos del popular empresario de la plaza de toros.

“LA CRITICA”

El quinto número de esta interesantísima revista contiene los siguientes artículos:

La verdad en el periódico, F. Navarro Ledesma; Antiguo y moderno los Goncourt y Verlaque.—Los libros: Vicente Medina.—Lecturas de editores, L. B.—De vacaciones, J. L. Pinillos.—Crónicas políticas: Todos Nozales, Luis Bello. La reforma electoral, José Cuartero. El murguismo alveoso.—Nietzsche y Wagner, C. Román Salmerón.—Fuera de España.—Augusto Figueroa.—Cacillitas madrileñas.—Farandul.—Crónicas teatrales: Rosario Pina.

Los sucesos

Quemaduras graves

Ayer mañana sufrió un grave accidente uno de los mozos del lavadero núm. 40 del paseo del Marqués de Ministral.

Se llama el mozo José María Heróben, de veintinueve años.

Estaba ocupado por la mañana en trasladar de un lado a otro varios cubos de lejía hirviendo, cuando uno de ellos se le cayó encima, produciéndole heridas gravísimas en todo el cuerpo.

En el número 7 del paseo de las Delicias ocurrió ayer tarde un sensible suceso.

Una anciana de setenta años llamada María Ruiz, que no tiene muy equilibradas sus facultades mentales, sin duda se cayó sobre un brasero y sufrió graves quemaduras.

Conducida a la Casa de Socorro del distrito de guardia, fué curada por los facultativos de guardia, que certificaron la existencia de quemaduras de pronóstico grave, más que por otra causa por su extensión y teniendo en cuenta la edad de la lesionada.

Contiene además hermosos y artísticos dibujos, cuadros, grabados y fotografías de Mús y Fondavilla, Calvi, Coll y Tresserras, Díaz, Vázquez, Azpiroz, Riquelme, Triado, Méndez Bríng, Moreno Carbonero y otros.

La presentación del número extraordinario de *La Ilustración Artística* la ignala a las mejores revistas del extranjero.

Como regalo a los suscriptores acompaña un ejemplar del periódico quincenal *El Salón de la Moda*, indispensable para las familias, ilustrado con profusión de grabados en negro y figurines iluminados de las modas de París.

Ambas publicaciones las edita la casa Montaner y Simón, de Barcelona.

Hemos recibido los cartones anunciadores de las horas de entrada y salida de los trenes en la estación de Atocha, de las cuales ya hemos dado cuenta a nuestros lectores.

Se convoca a todos los señores socios correspondientes a la sección de Comercio de la Unión Escolar, a una Junta ordinaria que se celebrará mañana 8 del corriente, a las cinco y media de la tarde, para tratar asuntos de interés a dicha sección.

El martes se reunieron en uno de los comedores del restaurant Inglés, de la calle de Sevilla, la Redacción de la revista *La Gaceta de Ferrocarriles y Navegación* y algunos periodistas amigos íntimos del director de dicho periódico, nuestro querido compañero en la Prensa D. José Luis Casanova.

Los reuñidos fueron obsequiados con una espléndida comida, que fué saboreada con placer mientras se habl



LEGÍTIMO MAZAPÁN  
DE LA CASA JUAN MARTÍN Y BURRIEL  
"LA LECHUGUINA".—TOLEDO  
Depósito único en Madrid:  
Almacén de Colonias de Andrés Díaz Zorita  
13, PLAZA DEL PROGRESO, 13

Clases á domicilio  
**DISTINGUIDA PROFESORA,**  
práctica en la enseñanza, se ofrece  
para dar lecciones de PRIMERA y  
SEGUNDA ENSEÑANZA, SOLFEO, LA-  
BORES, DIBUJO Y FRANCÉS, á niñas  
de familias distinguidas.  
HONORARIOS MÓDICOS  
Lista de Correos—Céd. n.º 39.705  
MADRID

**ARGUS DE LA PRESSE**  
FONDÉ EN 1873  
LE PLUS ANCIEN BUREAU DE COUPURES DE JOURNAUX  
« Pour être sûr de ne pas laisser échapper un journal qui  
l'aurait nommé, il était abonné à l'Argus de la Presse, »  
L'Argus de la Presse se charge de toutes les recher-  
ches et prospectes et documentaires qu'on voudra bien lui  
confier.  
L'Argus lit 8.000 journaux par jour.  
Ecrire 14, rue Drouot, Paris.

**LONDON**  
**HOTEL**  
**RUSSELL**  
Situación admirable con magníficas vistas sobre el jardín de  
Russell Square. El más próximo á las Estaciones de los Caminos  
de Hierro del Norte y del Sur. A dos minutos del Museo Británico  
y muy cerca de todos los Teatros. Cocina francesa. Jardines  
de invierno y verano. Teléfono. Orquesta. Ascensor.  
Luz eléctrica.

**Relojería de SALGADO**  
Relojes ovalados, redondos, reguladores y de mano para  
la pared.—Waltham, Baccus, Roskopf legítimos é imita-  
ciones para bolsillo.  
**GRAN TALLER DE COMPOSTURAS**  
GARANTÍA VERDAD  
Se encarga de la conservación de los relojes (dar cuerda á  
domicilio).  
CORREDERA BAJA, 21 (Contiguo al teatro de Lara).

**JARABE y PASTA DE**  
**SAVIA de PINO MARITIMO**  
DE LAGASSE  
Preparados con la SAVIA de  
PINO fresco. Cura Resfriados,  
Tos, Gripe, Bronquitis, Dolores de  
Garganta, Ronqueras, Influenza.  
PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

**ALHEMEYER**  
COMPANIA ANONIMA  
DE  
Contrucciones é instalaciones electro-mecánicas  
Instalaciones completas de fabricas de electricidad  
generales y particulares, para alumbrado, transmisión  
y distribución de fuerza. Tranvías eléctricos. Estaciones  
telégrafos. Acumuladores, galvanoplastia, electroquí-  
mica y electro-metallurgia. Suministro de maquinaria y  
accesorios. Delegación general para España de la Socie-  
dad anónima de electricidad antes.

**HUCKER y C. DE NUREMBERG**  
**GRAN SUCESO** Por 125 pesetas se puede  
adquirir una máquina par-  
ticular que canta, toca y habla, con nuevos discos de magne-  
to. Caraca-La Galvani-Bescher-el Mochuelo y la Rubia de  
la música del Rey y recitados por un grupo de Calvo. Con sólo  
este aparato pueden darse conciertos y bailes; es la maravilla  
del siglo y no hay nada más bello, ni dinero mejor empleado,  
sustituyendo en los pueblos las bandas de música.  
Los pedidos deben dirigirse acompañados de su importe á  
los señores Huck y C. de Nuremberg.

**HIJOS DE T. MARTIN**  
FONTANERO Y VIDRIERO  
Instalaciones de aparatos con arreglo á la higiene. Precios  
económicos. Calle de San Gregorio, números 37 y 39, tienda.

En nuestra Administración  
37, San Marcos 37,

**El crimen de la Poivrière**  
POR EMILIO GABRIAU  
Muchos, en lugar del Sr. Lacheneur, se  
hubieran desolado. El supo conservar su  
sangre fría.  
En contraposición con el hijo que le rodea-  
ba, su vida era sencilla y frugal. Nunca tuvo  
creídos para el servicio de su persona. Sus  
rentas, muy considerables en aquella época,  
las consagraba casi íntegramente á mejorar sus  
tierras ó bien á comprar otras nuevas. Esto  
no obstante, no era avaro. En cuanto se tra-  
taba de su mujer ó de sus hijos, ya no hacía  
cuentas. Su hijo Juan estaba educado en Pa-  
ris, y quería que pudiera aspirar á todo. No  
pudiendo resignarse á separarse de su hijo,  
puso á su lado una institutriz.  
A veces sus amigos le acusaban de una des-  
medida ambición para sus hijos; pero él en-  
tonces movía tristemente la cabeza y res-  
pondía:  
—« ¡Don tal que pueda asegurarse una mo-  
desta existencia! ¿Contar con el porvenir?  
¿Qué locura! ¿Quién hubiera previsto hace  
treinta años que la familia Saimreusse sería  
desgraciada? »  
Con tales ideas debía ser un buen amo, y lo  
fue en efecto, aunque no lo tuvo cuenta. Sus  
antiguos camaradas no podían perdonarle su  
prestigiosa elevación. Era raro que hablaran  
de él sin desear su ruina.  
Ah, los malos días llegaron!  
Hacia el fin de 1812 perdió á su mujer, y los  
desastres de 1813 le hicieron perder toda una  
fortuna que había confiado á un industrial  
amigo suyo.  
Fueron comprometidos cuando la pri-  
mera Restauración se vio obligado á ocultarse.  
Además la conducta que siguió observa-  
ba en París le causaba serias inquietudes.  
La víspera de aquel día se consideraba el  
más desgraciado de los hombres.  
Pero he aquí que le amenazaba una nueva

# EL DIA

**NOVELAS GRATIS**  
para los lectores del DIARIO UNIVERSAL  
**UNA NOVELA CADA MES**  
EL PRECIO DEL PERIÓDICO, YA SE ADQUIERA POR VENTA DE NÚMEROS, YA POR SUSCRIPCIÓN,  
COMPENSADO CASI EN SU TOTALIDAD

Traducciones de los mejores autores extranjeros, hechas expresamente con destino á  
nuestra Biblioteca, bajo la dirección de Augusto de Figueroa.  
Libros escogidos. Lectura del mayor interés. Amabilidad y solaz sin ofensa de las bu-  
nas costumbres.  
Para evitar toda clase de dudas, advertimos á nuestros suscriptores y lec-  
tores que será necesario presentar los cupones correspondientes á la novela  
de cada mes, para adquirir las que la Biblioteca del DIARIO UNIVERSAL  
regala, sin cuyo requisito no se tendrá derecho.  
Desde el día 7 de Diciembre estamos entregando la célebre obra de Felicien  
Mallefille,  
**EL CAPITÁN LA ROSA**  
segundo volumen de nuestra Biblioteca, profusamente ilustrado. Escenas y aventuras  
que dejan honda impresión en el ánimo.  
El precio de cada volumen para el público es UNA PESETA, por lo cual resulta  
abonado el coste del periódico á nuestros abonados y lectores en total ó en la mayor  
parte del mismo.  
Para mayor facilidad, nuestros lectores y suscriptores de provincias pueden pre-  
sentar los cupones de cada mes al Corresponsal administrativo del DIARIO UNIVERSAL,  
cambiándolos por novelas.

**LA CONFIANZA**  
Taller y obrador de  
El primero, más surtido  
Y MAS BARATO  
**ALMACEN DE MUEBLES**  
LUNA, 11  
Con grandes facilidades  
para el pago

**GRAN VIDA**  
Revista mensual ilustrada  
de deportes y sociedad  
Informaciones ilustradas de hípi-  
co, automovilismo, ejercicios  
atléticos, ciclismo, etc., y para  
expresión, fotografía, cine, telegra-  
fia, aerostación, inventos y no-  
vedades del deporte.  
SE PUBLICA  
EN LA  
ÚLTIMA DECENA DE CADA MES  
Gran Vida es la revista  
de deporte más elegante y  
completa que se publica en  
España.  
Se vende á 0,50 en todas  
las librerías y puestos de  
periódico, y se suscribe por  
2,50 hasta fin de año en la  
Administración, Velázquez,  
núm. 69, Madrid.

**ALMONEDA**  
Muebles de ocasión venden, al-  
quilan y cambian. Hornera, 39  
**LOSHE'S**  
**AGUA DE COLONIA**  
Incomparable Agua de Co-  
lonia preparada por  
**GUSTAVO LONSE**  
Perfumista de S. M. el Em-  
perador y Rey, de S. M. la  
Emperatriz Reina y de S. M. la  
Emperatriz Federica.  
46, JAGER STRASSE  
BERLIN

**PARIS**  
**HOTEL LOUIS-LE-GRAND**  
2, Rue Louis-Le-Grand  
Cerca de la Opera y de los grandes Boulevares.  
Pensión desde 9 francos. Habitación desde 4. Co-  
cina esmerada. Teléfono 32.032. Se habla es-  
pañol.

abierta la gran puerta del salón y se había  
precipitado en él, seguido de su hijo, que iba  
toda asustada.  
— ¡Jamás! ¡Jamás! Ana había visto así á su pa-  
dre, y temblaba con el corazón oprimido por  
los más horribles presentimientos.  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos y gritos incoherentes.  
Sus maneras eran extrañas, incomprensi-  
bles. Tan pronto parecía tocar la alfombra  
con la punta del pie para apreciar su es-  
pesor, como se inclinaba hacia el suelo para  
juzgar del mullido.  
Por momentos se detenia bruscamente ante  
uno de los cuadros de valía que pendían de  
las paredes ó ante algún bronco. Hubiérase  
dicho que inventaba todas aquellas cosas  
magníficas y costosas que decoraban aquella  
sala, la más suntuosa del castillo.  
— ¡No de renunciar yo á todo esto! — se dijo  
al fin.  
Estas palabras lo explicaban todo.  
— ¡No, jamás! — exclamó con una violencia  
espantosa. — ¡Jamás, jamás! No podría resig-  
narme á ello; no puedo, no puedo!  
— ¡Qué te importa el duque, padre mío? ¿No  
quieres que tus hijos se casen con gente que  
pierden la razón de repente, y se pre-  
guntaba si á su padre le ocurriría lo mismo.  
En verdad, parecía loco. Sus ojos des-  
daban llamas, espasmos convulsivos le agita-  
ban y una espuma blanca asomaba á sus  
labios.  
Daba vueltas furiosamente alrededor del  
salón como una fiera en su jaula, con gestos  
descompuestos